

# «Naturalización de la magia»

**Alejandro Sergio Bosack**  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

El más bello sentimiento que uno puede experimentar es sentir el misterio.  
Esta es la fuente de todo arte verdadero, de toda verdadera ciencia.  
Albert Einstein (1879-1955).

Según el sociólogo francés Pierre Bourdieu (1930-2002), los seres humanos actuamos de acuerdo con sistemas interiorizados, conocidos en general como el inconsciente cultural, que definen las condiciones de producción de una determinada práctica social. Este conjunto de disposiciones, denominadas por él habitus, permite que las acciones humanas se realicen sin requerir una intención consciente, lo cual equivale a decir que las normas y los valores que regulan nuestro actuar son tácitos y su resultado es percibido como espontáneo. En otras palabras, el habitus es la naturalización de la arbitrariedad que sustenta el orden social.

Desde la perspectiva de Bourdieu, la naturalización de la arbitrariedad cultural sirve a los fines de la reproducción social. Por ello, se perciben como naturales la pobreza, la violencia, las desigualdades sociales, la mediocridad, la frivolidad, y en general la cultura del vacío como modelo.

Las ciencias sociales, desde un paradigma crítico de la realidad, se plantean como objetivo la desnaturalización de prácticas sociales reproductivistas, en lugar de otorgar el sello que certifique como natural a una forma de relación y asociación (por ejemplo, el antiguo concepto de familia nuclear), un tipo de racionalidad (por ejemplo, la del cálculo y del máximo beneficio, también denominado capitalismo), o un modo de organización política (por ejemplo, la monarquía constitucional).

Sin embargo, demasiado soslayado por investigadores pertenecientes al campo científico formal, emerge un aspecto relevante de la vida cotidiana que está configurado por situaciones inesperadas, a menudo consideradas extraordinarias, misteriosas y/o mágicas.

Cito un ejemplo reciente que le ocurrió a quien escribe estas líneas: Harto de lidiar con un automóvil que bien podría formar parte de un museo de objetos inútiles, decidí ponerlo en venta. Como primer paso, concurrí un cierto día por la mañana a la oficina del Registro de la Propiedad Automotor, para informarme acerca de los trámites a realizar. Para efectuar esta diligencia, llevé el título de propiedad del bien. Magna fue mi sorpresa cuando, al estacionar el auto en una playa alejada de la oficina pública a la que me dirigía, se acercó una persona preguntándome si quería venderle el maltrecho pero noble vehículo. Luego de los trámites de rigor, regresé a mi casa en horas de la tarde caminando, con el dinero de la venta del auto en el bolsillo. ¿Suerte?, ¿magia?, ¿conexión con el flujo de energía del cosmos?

El médico psiquiatra suizo Carl Gustav Jung (1875-1961) definió el concepto de “sincronicidad” como una coincidencia de sucesos aparentemente a-causales en el espacio y el tiempo, vinculados entre sí de forma tal que se relacionan significativamente. Basado en un enfoque psicológico, estudió vínculos entre contenidos psíquicos (pensamientos, sueños, deseos) y eventos concretos (por ejemplo, encontrarse con una persona en la calle), eventos generales (por ejemplo, algún suceso catastrófico como un incendio o un atentado) y/o acontecimientos distantes en el tiempo o en el espacio.

Sobre el mismo tema, el médico indio Deepak Chopra (1946- ) asevera que el significado no proviene de la coincidencia misma, sino de la persona que la experimenta, porque es una respuesta o resultado a su intención; agregando: sincronicidad, coincidencia significativa, milagro ó buena suerte (esto es estar preparado para la oportunidad), son distintas formas de referirse al mismo fenómeno.

Por su parte, el biólogo británico Rupert Sheldrake (1942-) desarrolló un enfoque complementario a las teorías de Carl Jung y Deepak Chopra. Mediante numerosas experiencias intentó explicar fenómenos como la telepatía (comunicación y/o coincidencia de pensamientos entre dos o más personas que se encuentran alejadas entre sí) y la precognición (percepción inconsciente sobre la ocurrencia de un evento) que ocurre -por ejemplo- cuando una madre presente, a la distancia, un grave accidente de su hijo.

A diferencia de Jung (cuya perspectiva se basaba en la psicología) Sheldrake planteó una hipótesis biológica, postulando la existencia de un campo mental que se extiende más allá del cuerpo -nombrado por él mente extendida-, y que de alguna manera se contacta con otros campos mentales.

Pensar en una persona querida y que inmediatamente suene el teléfono recibiendo un mensaje de ella, perder el vuelo de un avión que luego se estrella, desear algo que enseguida ocurre (como el caso de la venta del automóvil), son apenas pocos ejemplos de sucesos ¿cotidianos? que se archivan en sitios relevantes de nuestras memorias, y de los que no encontramos -habitualmente- explicación alguna.

Los valiosos aportes de Bourdieu, Jung, Chopra, Sheldrake y otros investigadores que abordaron estas cuestiones, me inducen a plantear una sencilla hipótesis, ajena a toda rigurosidad científica: Las situaciones que consideramos “mágicas” son hechos naturales, a los que dotamos de un componente o un halo misterioso, trascendente, sobrenatural o extraordinario sólo por que no podemos explicar su etiología o génesis desde parámetros científicos ortodoxos.

En contraposición al desencantamiento del mundo que planteaba el sociólogo alemán Max Weber (1864-1920), propongo el reencuentro con el asombro y el encantamiento, la reconciliación con la utopía, la naturalización de lo mágico. Por consiguiente, supongo que “luchar” contra el desencantamiento del mundo implicaría asimismo reconocer nuestro propio pensamiento mágico y recuperar la capacidad de asombro. De esta manera, el “asombro” podría resultar una apertura al goce del descubrimiento y/o una invitación a la práctica del pensamiento utópico.

En otras palabras, postulo la naturalización de la magia, fuera del contexto de la reproducción de las desigualdades sociales, o de la legitimación de las arbitrariedades culturales. Entiendo que naturalizar la magia -por el contrario- debería obrar como herramienta propicia para los procesos personales de desarrollo de libertad interior y colectivos de armonía social.

“Siento que cuando estoy conectado con mi verdadera esencia me ocurren sucesos mágicos, la fantasía se hace realidad”. “Salgo a la calle pensando en una persona y me la encuentro”. “Se dieron las condiciones precisas para realizar el viaje que soñé toda la vida pero que me parecía inalcanzable”.

Los arriba referidos y otros relatos deberían interpretarse como la consecuencia lógica de vivir en armonía con la naturaleza, incluyendo a nuestros congéneres de especie. A partir de esterazonamiento se impone, como consecuencia obligada, un interrogante inmediato: ¿cómo alcanzar estos estados de gracia?

Desde luego, resultaría grotesco entregar una respuesta unívoca, rigurosa, certera; tal vez podríamos elegir la retórica como recurso.

¿Sería descabellado procurar una receta mágica para convertirnos en alquimistas de nuestra propia vida, para sentir esperanza aun en la desesperanza, para encontrar soluciones antes de que aparezcan los problemas, para transmutar la tristeza en entusiasmo y el odio en amor, conectar el corazón con la mente, alcanzar el cielo con los pies sobre la tierra, construir estrellas desde el polvo, provocar la luz a partir de la oscuridad y promover la construcción colectiva de vínculos familiares y sociales sanos y en paz?

Cada individuo -si lo desea- definirá su fórmula. Por mi parte y con certeza puedo afirmar que la condición sine qua non consiste en observar coherencia entre lo que sentimos, hacemos, decimos, y pensamos.

## «Naturalización de la magia»

Alejandro Sergio Bosack  
Ciudad de Córdoba.

### SEGUNDO PREMIO

Ganador categoría - Ensayo libre de No-Ficción  
I Concurso Escritura Creativa UPE - 2022

*“Escritura, Ciencia y Creatividad para la Paz y el Desarrollo”*



UNIVERSIDAD  
PROVINCIAL  
DE EZEIZA

Universidad  
Pública  
Argentina